

POEMAS

Antonio Mochón



Antonio Mochón nació en Armilla en 1980, estudió Traducción e Interpretación y de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad de Granada

y actualmente trabaja como profesor de lengua y literatura.

Ha publicado los libros *Cruel y mimosa* (2004), *La estación perdida* (2005), *Lugares de tránsito* (2005) y *Alguien empieza a hablar en una casa* (2008). Sus poemas han sido traducidos al árabe y al ruso en sendas jornadas de jóvenes poetas y han aparecido en diversas publicaciones literarias. Recientemente ha obtenido el premio Javier Egea con su libro *Carretera blanca*, que publicará la editorial Pre-textos.

Y VUELCAS hacia mí
un montón de despojos más cercanos
al amor que a otra cosa.

Has bajado a la calle,
fielmente levantada la cabeza,
y has recogido trozos,
papeles, restos, y has traído
entre tus manos
lo más parecido al amor:
un pajarillo negro y aún despierto.

(Inédito)

'CÓMO ESTA DICHA, no lo sé. No pidas
nombre a las cosas que no acierta el alma.'

Yo te oigo pasar apenas me has dejado.
Cae la tarde.

Pasar, quedar, qué hermosa
esta dicha encendida que ahora vuelve.

Sé que no tiene nombre, que las cosas
(tú lo dijiste) son

y nada más.

(Inédito)

HE ABIERTO la ventana. Está diciembre
habitándolo todo.

*En el laurel
caído, oyéndome decir qué ruidos
del alma, han vuelto las cornejas
perdidas de Jerusalén. Contemplo
olivos y laureles, templos que levantó
una esperanza antigua. Es hora de
volver. (New Gate, Ciudad Vieja en la rama
dormida de la mano.) Está diciembre
en la ventana abierta, en el laurel
caído...*

Me has llamado, con qué ruido
del alma; para qué llamarme ahora
sin volver, dime, ¿quién va a levantar
tanta casa, habitármela, mañana?

(Inédito)

HUELO a marzo, al hervor
íntimo de su sangre, huelo
a ir a tientas por marzo, porque a tientas
se va, así, por las cosas,
por los otros, oliendo
de sus manos aquello
que nos falta.

(Inédito)

INMÓVIL SOBRE TI, tus dos abiertas
concavidades, fondo de un espejo que
aspiro
como última luz, hambre de estar
tendido, oyendo, inmóvil sobre ti,
esta voz que me acerca, poco a poco,
a las calladas aguas de tu vientre,
como una invitación a beber de su herida.

(Inédito)

ME PASO TANTO TIEMPO mirándote las manos
que no sé lo que miro. Sucede a veces,
como cuando se dice pájaro y nada vuela,
igual con tus dos manos, que por mucho mirarlas
no dejarán de ser lo que estoy viendo.
Sí: igual que cuando digo pájaro y nada vuela.

(Inédito)

SALGO. Dejo atrás
la pesadez del cuerpo.

Abro la oscuridad. Me siento.

Miro hacia arriba, cierro
los ojos y te espero.

Pájaro del recuerdo, ven
a abastecerme
de nombres la mañana.

(Inédito)

SUBISTE A LA RAÍZ, como el día temprano
desperezándose, y abriste poco a poco,
hecha de claridades, la tierra, y dijiste
todas las letras del amor y la tristeza.

(Inédito)

TE PREGUNTÉ, en alguna
hora como ésta, al borde
de otro sueño, por esos
pájaros que en el alba
amabas. Tú sabías
de lo oscuro, del hondo
y solitario mar
adentro. Me dijiste,
simplemente, que amar
y esos pájaros, ser
y dar, era lo mismo.

(Inédito)

Y COMO si supieras
del temblor, te acercabas,
abiertas las dos manos,
llevando aquella luz
de los días,
levantabas mi ser
y te acercabas,
algo quería hablar
y tú te acercabas.

(Inédito)

HASTA ROZAR la dicha
se alargaban tus dedos
como dos aves que se buscan.
Era el camino
para surcar la carne,
entrar despacio,
sin llamar, deseando
no el fin, su permanencia.

(Inédito)

A VECES, este miedo, esta pregunta
y no saber si va a ser siempre así
el modo de llamarte, de sentir
otro miedo tenaz de larga ausencia
con otros nombres. No saber
si esto es vivir, tal vez, dejar un día
de vivir, con latido y sin respuesta.

(Inédito)

DECIR QUE NO, porque algo se estremece
cuando se dice no, y ya nada duele.

Decir que no, porque es ceniza todo,
hasta tu sed, la rama del insomnio.

Decir siempre que no, que no hubo nada,
mientras la noche tiembla sobre el agua.

Sí. Tú puedes decir que no, y lejos,
muy lejos, arrancarme de tu cuerpo.

Pero en tu no, esa hoja que es ceniza
y que aún vive, en tu no, todo se afirma.

(Lugares de tránsito)

NO DIGO MÁS que llueve, que ahora mismo,
calado como estoy de esa rara conciencia
que sólo da la lluvia, daría yo unos años,
tres o cuatro, qué importan, por un día
cualquiera.

Dormirme, igual que ayer, con el oído puesto
sobre un latido inerme. Confesarte
las horas que he perdido y perderé
buscando la manera de no perder instantes.

No digo más que llueve, aunque la lluvia
se acueste cada noche en nuestra cama.
Que el mundo, hoy que llueve, sigue siendo sin más
esta vieja costumbre de escribir junto al agua.

(Alguien empieza a hablar en una casa)

... este día luminoso y la casa vacía

Anna Ajmátova

ESTA MAÑANA, el péndulo de dios,
el centro que me vio y verá apretar
el puño por no ver la mano abierta.

He de hacer tantas cosas esta sola mañana:
descamisar la luz, que no negocia
ya con flores, tomar un poco de agua
y esperar; y, por último, escribirle
al mundo, esta mañana, detenida en la tierra
de obsesión, una carta decididamente apagada
como ropas que ya se usaron.

Veo llorar a un hijo que no tengo;
lloran también sus hijos, que no tienen
hijos.

La casa está vacía esta mañana
luminosa. La casa está vacía
y he de hacer tantas cosas esta mañana
que no encuentro las manos, ni los árboles
han comprendido nunca los órganos de estar
siempre llorando.

Sólo quiero entender esta tierra profusa.
Y comprender mis manos y mis raíces,
porque en lo hondo la raíz no deja
sino lugar a lo arrancado. Y llanto.

De esta mañana ya no pasa. He de hacer
tantas cosas, callar y repetir
tanto dolor, que soy dichoso porque
no veo ya otra mano que mi mano
desfigurada, fijamente un rostro
que la mira y comprende las persianas.

(Alguien empieza a hablar en una casa)

YA NO HAY LUZ en la casa de Susana.
Ni un rastro de claridad se cierne en las ventanas.
Imagino que está sentada en otra parte,
en un sofá cualquiera, leyendo
uno de esos libros grandes
que tanto le gustan.
Susana está sentada en un sofá verde
leyendo libros interminables.
Pasa su mano despacio por la frente
apartándose el pelo. Se le cae de vez
en cuando y se lo aparta. Pienso
en aguas que caen
y en aguas que se separan.
Ya no hay luz en su casa. Esa casa
ya no sirve, no tiene luz,
no hay luz, Susana.

(Inédito)

UNA VIGA COMO la nada que más pesa.

Yo tenía una casa donde entraba
sin más remedio hacia la dicha.
Donde entraban de golpe todos los caos
y todas las suturas de la herida del mundo.

Yo tenía una casa. Y no era mía
pero era mía. Ella era mi casa y la llamaba
de esta forma, como se pide
la voz que nos consuela,
la mano que nos dice los contornos.

Así, al tanteo entre la oscuridad
andaba por mi casa, y si algún día
tropezaba con algo, era que estaba
buscándote las manos en lo oscuro.

Porque yo tenía una casa
que llamaba
infancia, padre, soledad, camino.
Como cuatro paredes, cuatro veces
la luz entraba hasta mi casa.

Allí aguardaba, obedeciente,
día tras día, poblándome, creciendo, y supe
que siempre son las cosas lo que son
y lo que no serán, y hasta lo más pequeño
puede significar, decir: he sido.

Yo tenía una casa. Pero
yo no tenía nada.
Una viga, no más, un viento, nada.

(Alguien empieza a hablar en una casa)

YO YA NO PUEDO ser feliz. Lo sabes.
Y esta canción que suena es nuestra vida,
y esta mitad de mí que arroja sombra
desde otra luz, desde la misma herida
que semeja otra vez las mismas aves
de paso, es el silencio que me escombra.
En cada una de ellas hay cemento
hecho de mi palabra que aún te nombra,
o eres tú la que ahora recompones
mis sílabas para decir qué siento.
Esta canción que suena
es nuestra vida. En ella hemos cifrado
aquel compás de nuestros corazones
–ayer dos corazones coincidentes–.

Crece a medida de tu edad mi pena
porque no basta haberme abandonado
tus sílabas para olvidar qué sientes.
Esta canción que suena, entiéndelo,
es nuestra vida que en sonar consiste,
aunque al final no quede a nuestro lado
sino las que en el corazón son llaves
para una mínima esperanza. Yo
ya he aprendido que la vida es triste
si nunca suena esta canción. ¿Lo sabes?

(Alguien empieza a hablar en una casa)

EN EL CAMPO no sé lo que dicen las aguas;
Ni su voz es de río, ni de viento su sombra.

Dormidos, calle abajo, los pájaros no cruzan.
La ventana del alma va vaciando las cosas.

Sólo el campo ha de ser igual que esto; o es nada.
Yo no sé, campo seco, si tus aguas retornan.

(La estación perdida)

AMOR MÍO, esta noche sólo espero
que vengas a dormirme. Tengo frío
y lo oscuro me clava su severo
llanto por el temblor de tu desvío.

Amor mío, esta noche sólo quiero
que vengas a calmar el pecho mío
donde la pena duerme y su agujero
me arrastra al mudo deshojar de un río.

Porque no sé vivir para esta herida,
porque asumo una sed que no comprendo
y el sol nos va tejiendo luz sin vida.

Porque sólo podré reír si olvido
que aún aguardo la brisa que, meciendo
mi corazón, me lleve a ti dormido.

(La estación perdida)

